

te, piedras. Pinos y robles. Cascadas, helechos, canciones. Azada, llano, hierbas. Flores y hojas.

«Campos, campos, campos».

.....
Cielos abiertos por manos de pintores y ojos de santos. Cielos abiertos por la música de David. Y por este ruiseñor que canta más allá, donde comienza el dolor.

Cielos y campos.

.....
A Jesucristo se le unió el paisaje en sus parábolas, en sus sermones, en sus milagros. El sermón de la montaña. La parábola a la orilla del lago o el milagro de apaciguar la tempestad del Genezaret...

Y siempre por el paisaje, de camino en camino. Cara al paisaje.

Dios en el paisaje. Sobre todo el paisaje y sobre el paisaje, Dios.

.....
Y este otro paisaje tan propio de cada uno. El paisaje interior, tan amplio, tan secreto, tan íntimo...

.....
Y este cuerpo que de la tierra vino, a la tierra volverá. Fué paisaje y paisaje será. Y solo el alma...

JESUS DELGADO VALHONDO



(1 y 2) De «Geopsique», por Willy Hellpach.
(3 y 4) De «Estética del Paisaje Natural», por Sánchez Muniaín.

RECORDATORIO

EL CASINO

Una novela, que habla de Cáceres, llegó a mis manos con la ilusión de una carta de la familia. Mas ¡ay de mí! que la que motiva estos comentarios más bien que hablarnos de la familia nos la mienta. Es de un autor andaluz cuyo nombre no he de citar, por no hacer propaganda gratis a quien menosprecia las cosas de nuestro Cáceres, sin duda por desconocerlas.

He aquí una frase suya que apostillaré hoy: «... el poco atractivo Círculo de la Ciudad». La ciudad es Cáceres y la ocasión se refiere al año 1932; luego el Círculo poco atractivo es el de la Concordia de la Casa de Roco.

¿Qué cualidades atrayentes puede tener un Casino?: el confort de sus instalaciones; la simpatía y educación de sus contertulios; la suculencia de su restaurante; la sabiduría y amenidad de su biblioteca; la variedad y buen tono de sus recreos; las atenciones de la servidumbre... Ese conjunto amplio de cosas que permite a cada socio encontrar en el Círculo un rincón de su propio hogar por raro que sea su carácter.

El edificio de aquel Círculo es histórico, suntuoso, confortable, amplio e íntimo. Yo no podía entrar en aquel magnífico palacio sin evocar la figura de Francinco de Godoy, sacudiéndose el barro americano, mientras se desatornillaba el traje de acero, dando órdenes a los discípulos de Herrera:

— ¡Nada de matacanes, que ya no hay temor de muslines! ¡Nada de torreones almenados, que ya somos hermanos todos los cacereños desde que terció en nuestras reyertas la Reina Isabel!...

Godoy salió rumbo al Perú en las naves de Marte; dió la cara al lado de Pizarro y regresó a mediados del siglo XVI en las naves de Mercurio. ¿Conquistador? ¿Indiano? Titubeo entre «el último Conquistador» o «el primer Indiano»: Indiano a lo Conquistador. Nuestros Abuelos supieron ser grandes, con grandeza de alma y patria. Cuando las conquistas indianas degeneraron en piraterías o estraperlos de especias, Cáceres se retiró a sus palacios a labrar los jeroglíficos de sus hazañas en escudos, cincelados sobre la piedra dorada de sus berrocales, y cedió las naves a los pueblos costeros de indios de vía estrecha, que regresaban a sus aldeas a lucir el vellocino de oro logrado en mercados de negreros o en contrabando de quina... cuando había terminado el cacao.

Y así levantó Godoy el bello palacio que fué después Casa de Roco y, más tarde, casa solariega del Círculo de la Concordia. Magnífico, desde su portada de medio punto, con clásicas dovelas de granito, hasta el escudo del incomparable y singular balcón de esquina —que es toda una lección de Historia de España encerrada en un curso de Estereotomía— pasando por aquel patio central renacentista, de garbosas columnas toscanas, que era como un oasis en el desierto canicular de la población.

Allí llegaban las tardes agosteñas, el Conde del brazo del Catedrático, el propietario al lado del Oficial del Catastro, y el aristócrata, el médico y el

maestro formaban apacible asamblea en la intimidad de aquel encantador rincón.

Círculo sin peñas aisladas. Sociedad acogedora cual ninguna. Todos los socios amigos que se reunían en tertulia de la que se iban desgajando las partidas:

—¡Ya somos cuatro para el tresillo!, recontaba un socio impaciente.

—¡Ya estamos seis para el póker! gritaba un segundo socio.

Y, entre julepe y julepe, aquellas suculentas meriendas de jamón de Montánchez. Y una biblioteca amena y completa—con mejores volúmenes que la novela aludida—, y damas y ajedrez para algún despistado. Y un elegante y coquetón salón para bailes, escenario de tantos madrigales, que terminaron con la marcha de Lohengrin ante los altares de Santa María y cuyo recuerdo enternecía a aquel viejo socio que me decía el año 38:

—¿Cómo no echar de menos estos salones, donde pedimos relaciones a nuestras esposas?

Y si aquel Círculo poseía un local suntuoso y confortable, un suculento servicio, una sociedad acogedora y educada, y unas fiestas incomparables: ¿por qué era poco atractivo nuestro Casino? ¿Es acaso que el novelista estuvo alguna vez en nuestro Círculo y no se puso todo el mundo en pié doblando el espinazo, como es frecuente en los Casinos andaluces cuando entra algún personaje poderoso? Es que los cacereños, señor novelista, no hincan la rodilla más que al paso de las Imágenes.

Y, finalmente, ningún Casino del mundo nos atrae tanto como el nuestro, que es un rincón del hogar propio de cada cacereño.

Por hoy basta.

MANUEL GONZÁLEZ GIL.

ARTE

LOS CUADROS DEL GREGO, EN TALAVERA LA VIEJA, ESTÁN DETERIORÁNDOSE

(Notas para alarmar a quien proceda)

Por FERNANDO BRAVO.

Intentar descubrir, a estas alturas, la importancia arqueológica y artística de Talavera la Vieja implicaría pedantería inexcusable, ya que a cualquier curioso aficionado a las cosas extremeñas le son familiares los trabajos de Ponz, Cornide, Viu, Mérida y otros, sobre tan interesante villa.

Pero no se trata ahora de evocar la pretérita grandeza que nos sugiere el lembrante hechizo de las ruinas de la famosa «Ebura» o «Augustóbriga», sino que nos proponemos nada más, y nada menos, que tocar el clarín de alarma ante el peligro de deterioro que corren los tres cuadros que de Domenico Theotocopuli se custodian y malconservan en dicha localidad.

Se hallan depositados en el domicilio del Sr. Párroco que, solícito y deferente, nos condujo a la Casa Rectoral, en el zaguán de la cual nos expuso los tres excelentes lienzos que, no obstante haber sido ya objeto de restauración, ofrecen actualmente un lastimoso estado.

El mayor de ellos, y más exquisito de factura y rico de colorido, lleno de movimiento y de composición difícil, felicísimamente resuelta, es el de «La Coronación de la Virgen». Como de todos ellos se han divulgado estudios debidos a conocedores expertos del arte pictórico, solo nos resta decir, a título de recordación, que «La Coronación» tiene dos partes sin solución de continuidad; la superior representa a la Virgen María, vuelto el rostro hacia lo alto, donde bajo la luz que emana del Espíritu-Santo, fulge áurea corona que sostienen el Padre y el Hijo. Las tonalidades cromáticas son valientes y sobre todo la púrpura del manto de Jesucristo que es, al par, de un brío arrebatador y de una limpidez gratísima. Debajo, en la parte inferior, un grupo compuesto de siete figuras de santos y monjes en variadas y bien dispuestas actitudes (cuatro de frente, uno de perfil y dos de espaldas, pero con una graciosa torsión de rostro que permite verlos de lado), espléndidos de dibujo y expresión, contemplan la arrobadora y maravillosa escena de la Coronación.

No obstante esta bipartita escenificación del cuadro, la unidad se ensambla perfectamente y la vista abarca de un golpe, sin esfuerzo, la totalidad armoniosa del conjunto, como si la prodigiosa solución, encontrada por el artista a la enormísima dificultad que a sí mismo se planteó, fuera la cosa más natural; hasta el punto de que si aislamos la contemplación, concentrándola parcialmente sobre cada una de las dos escenas, sentimos la inquieta desazón que produce una dolorosa amputadura. De tal modo, casi paradójicamente, la audacia de plasmar a la vez dos acciones tan distintas, y distan-